



Firma
INVITADA
de verano



**Rosa María
Olmos Criado**

Licenciada en Geografía e Historia y Doctora en Historia del Arte. Crítica de arte (AECA/AICA). Anteriormente ha ejercido docencia e investigación en trabajos para la D.G. de Bellas Artes. Ha publicado artículos en el contexto de la Historia del Arte y de la Etnografía. En la actualidad colabora con la Fundación Merayo en la programación y realización de exposiciones y actividades culturales

EL CAMINO DE SANTIAGO, fuente de inspiración artística en las obras pictóricas de Ángela Merayo y Adolfo Álvarez Barthe

En torno al año 820 se descubren en el extremo occidental de la Península Ibérica, ocultas entre maleza y señaladas por luces misteriosas, un grupo de tumbas, de entre las cuales sobresale una que fue inmediatamente identificada como el sepulcro del apóstol Santiago.

Este hecho, que fue tratado de milagroso, desató las peregrinaciones para honrar la reliquia del santo, y los caminos y antiguas calzadas romanas se llenaron de caminantes que dirigían sus pasos y su vida hacia Compostela. De entre los caminos posibles, se impuso la ruta que recorría el norte de la península hasta abrirse a Francia, y con ella, a toda Europa: el denominado Camino Francés. En torno a él se generó un ingente movimiento de población con importantes consecuencias, pues fue cauce para la penetración e intercambio cultural y artístico entre la España cristiana y el mundo occidental. Por él circularon gentes de toda condición social, portadoras de novedades materiales, ideológicas y del conocimiento, que contribuyeron a la creación de la identidad europea común. Su trascendental importancia la certificó Goethe, en el siglo XIX, definiéndole como creador, articulador de Europa.

También el arte encontró, por este medio, difusión y arraigo, desde que en la Edad Media se consolidaran los modos constructivos y estéticos que dieron en llamarse arte románico. La relación Camino/arte ha variado sus manifestaciones según las épocas, aunque siempre los creadores han sido sensibles al innegable poder de sugestión que emana tanto de los paisajes que recorre el camino, como de la mística del esfuerzo y la superación que le inspira.

El León contemporáneo ha acusado también su influjo, y su impronta ha aparecido en artistas leoneses como Ángela Merayo y Adolfo Álvarez Barthe, que en su momento presentaron sendas exposiciones realizadas bajo la inspiración del Camino. Este anclaje me da pie para acercarme, en un rápido análisis, a estos dos acontecimientos artísticos, tan diferentes plástica y estéticamente, a pesar de su común punto de partida.

Angela Merayo presentó la muestra *XACOBEO 93. Paisajes al lado del camino*, en 1993. Se trata de una serie pictórica que tuvo como referencias figurativas dominantes al peregrino y el paisaje leonés, específicamente el berciano, pues Ángela ancla bien sus pies en una tierra para ella tan conocida, como son los entornos y contextos que recorren las sendas jacobeanas a su paso por el Bierzo, que es uno de sus lugares en la tierra. Con el paisaje como principal idea representacional ahonda en la esencia del Camino de Santiago, en su realidad física y su realidad mítica, para conectar con su biografía personal a través de la emoción y de la memoria.

Ángela recurre a la naturaleza y hace de ella una interpretación personal que se sustancia en campos cromáticos, en cierta forma intelectualizados, pues responden a una elaboración más conceptual que naturalista. Sus obras indagan en la dimensión espiritual del paisaje, en composiciones en las que amplios segmentos de color se presentan contenidos y firmes, equilibrados en sabias y armónicas combinaciones de color y forma. Así, los terrestres ocres y los vibrantes amarillos se muestran cálidos y apasionados junto a líricos y emocionales rosas y verdes, con los azules, la realidad se trasmuta en ensoñaciones de mares e incluso de tiempos pretéritos. No pinta realidades sino atmósferas sobre las que proyecta elementos arquetípicos del camino: iglesias, arcos, óculos... pero, sobre todo, se interesa por la presencia del hombre, el caminante, al que alude por medio de signos/símbolos referenciados por elementos formales, como el cayado, la venera o lo que es más elocuente, su sombra recorriendo esos campos cromáticos, trasunto de los campos reales que llevan a Compostela, visión que, sin duda, ella conserva en su retina desde niña.

El camino que presenta Ángela es un camino de pervivencias, de tradición en el que las emociones se tejen con su sensibilidad y su sabiduría de pintora con lenguaje contemporáneo.

Por contraste, Adolfo Álvarez Barthe eleva la mirada al firmamento, allí donde la Vía Láctea señala con su rastro blanquecino el camino a Compostela y al *finis terrae*. Imagina -pinta- las constelaciones que conforman el Zodiaco, sumergiéndose en este mundo misterioso con una propuesta audaz y tanto más arriesgada cuanto que se imbrica con

dos territorios místicos contrapuestos: el cristiano y el esotérico. El resultado es *Zodiaco Peregrino*, una serie de trece tondos, doce de ellos dedicados cada uno a un signo zodiacal. La elección del tondo (formato circular) ya lo posiciona en el ámbito de lo simbólico, pues el círculo es la forma geométrica perfecta, que significa la unidad, la perfección, el infinito y la armonía. Su esencia se relaciona con la eternidad y la protección de todo aquello que está en su interior.

En esos interiores se despliegan iconografías imaginativas en torno al elemento definitorio de cada signo zodiacal. Ninguna imagen es gratuita. Recurre constantemente a los símbolos y las alegorías con un lenguaje que tiene su origen en la capacidad del pintor para conectar mundos, imágenes, espacios e ideas. Así, historia, mitología, filosofía, poesía oriental, literatura, bestiarios, religiones ... se mezclan en una fusión que es pura creación plástica y poética, aunque para el pintor quizá suponga una reflexión que se nos escapa a los demás. Compositivamente remiten a escenografías con un fondo teatral tan enigmático y arduo que exige del espectador una mirada detallada y un tiempo para asimilar su contenido.

Adolfo desarrolla su Zodiaco dentro de la figuración clasicista, con una impecable pureza formal abordada con la meticulosa y difícil técnica de la pintura al temple, que soporta un dibujo refinado y exquisito y un cromatismo resuelto en una paleta de tonos fríos en la que veladuras y transparencias definen planos y aportan profundidad al espacio plástico, además de un carácter irreal. Una atmósfera poética, cultista y esotérica, pero, sobre todo, simbólica.

